

Se ruega puntualidad

Pieza en dos actos y dos finales

*Para Heidrun Adler,
la alemana que se ha ocupado
del teatro latinoamericano,
y Carolina Caballero,
por su trabajo en el teatro cubano*

La edición príncipe de *Se ruega puntualidad* (Jackson Heights: **OLLANTAY Press**, 1997) se publicó con tres notas de presentación firmadas, respectivamente, por José María Rodríguez Méndez, José Triana y Edilio Peña.

© Pedro Monge Rafuls.
Prohibido el uso de la obra en cualquier forma
sin el permiso escrito del autor.

*Se es hombre para serlo. Hombre es algo más que ser
torpemente vivo: es entender una misión,
ennoblecirla y cumplirla.*

JOSÉ MARTÍ, “El artículo de Gostkoswki. La juventud
buena y la torpe. Páginas de filosofía”

PERSONAJES

MANOLETE

GUSTAVO

MAMAPARA

POLICÍA/SOLDADO

La música por Frankie Ruiz, Raphael, La Lupe, Olga Guillot, Massiel y conga cubana o samba brasileña.

Gustavo y Manolete son personajes ambiguos, pero no son dos seres ridículos. Manolete tiene un abanico que abre y cierra —con gracia y donaire— cuando y cuantas veces se crea necesario durante la escenificación. Manolete habla con un acento peculiar que llama la atención. Eso se deja a la creatividad del actor. Manolete comienza la obra con ademanes afeminados pero, poco a poco, irá cambiando su actuación y al final de la pieza no tendrá ningún amaneramiento.

El tiempo y el espacio quedan a la imaginación del director. Las canciones son parte sustancial del diálogo y en ningún momento debe prescindirse de ellas aunque, de acuerdo al concepto del director, pueden ser interpretadas por los actores y no por grabaciones de los cantantes que se sugieren.

PRIMER ACTO

MANOLETE. (*Abre el abanico con gracia.*) Me encanta el azul del cielo.

GUSTAVO. A mí no, pero me gusta el cielo azul.

MANOLETE. (*Abanicándose.*) Claro, como tú no tienes que mirarte en el espejo de los colores; nunca, pero nunca que yo me acuerde has..., te has preocupado por tu belleza facial. Pareces una máscara de títere, como una que yo vi en la playa, era una gitana con una enorme flor en el pelo, al lado derecho, que le tapaba toda la oreja. Aquella negra era..., era horrible como Mamapara, con un vestido de bailaora flamenca, ¡horrible!, los flecos que medio le tapaban unos enormes senos que parecían globos que iban a explotar en cualquier momento. ¡Guaaaau! No paraba de bailar aquellos ritmos salvajes como si estuviera en África. Solo de acordarme me da un escalofrío, y bailaba y bailaba y se abanicaba y se abanicaba, como ella. ¡Qué asco! (*Con miedo.*) ¿Me habrá oído? No, ya hubiera venido a decírmelo. ¿Qué hora es? La hora exacta, por favor. Pero no puedes negar que siempre tiene razón y además, siempre llega en el momento que debe llegar. Ni antes, ni después. Exacta. Puntual.

GUSTAVO. Si padecieras de calor como yo.

MANOLETE. No tenía que abanicarse y abanicarse. Ella...

GUSTAVO. (*Coloca, con naturalidad, una rosa en un florero, en el que los cuatro personajes, durante el tiempo de la obra, irán colocando rosas.*) ¿La maestra?

MANOLETE. No.

GUSTAVO. ¿Mamapara?

MANOLETE. No. Cállate, ¿quieres que te oiga? La vas a despertar. La pobre, seguro que anoche no pudo dormir bien. (*Mirando para estar seguro de que no lo oyeron. Muy alto para que lo oiga Mamapara.*) No estaba hablando de ella... Sabes que nunca lo hago, sino de la muñeca vestida de bailaora. No me interrumpas que me haces perder el hilo de la conversación. La maestra... , ya ves, quise decir la bailaora y por ti me equivoqué. La bailaora que tiene sida, tras el telón, después de la hora mágica de la medianoche. (*Otro tono. Recriminador.*) Seguramente que fornicaba y contagiaba a todos con el virus.

GUSTAVO. Explosión de carne, amargura atroz y voluptuosa, labios de fuego infernal, hechos de goma de espuma y llamas.

MANOLETE. Lo menos que podía hacer era usar condones.

GUSTAVO. Exuberante y falaz, amargura de los felices, entra en el coito con la gente nocturna y religiosa, con su tropa de monstruos, especialmente con el hombre lobo.

MANOLETE. Con sus majestades los reyes.

GUSTAVO. (*Cantando la salsa: Tú me vuelves loco.*¹) No me mires con esos ojos de aventura/ y no me trates como si fuera diversión./ No te muevas de esa manera cuando pasas/ que me dejas con una extraña sensación./ No sugieras extravagancias con tu risa./ No me enseñes la gloria en cada movimiento/ que tu juego me mortifica/ y la vida se me complica/ y no quieras saber las cosas que yo invento./ Pues me vuelves loco,/ tú me vuelves loco/ cuando yo te

¹ *Tú me vuelves loco*, éxito salsero de Cheín García interpretado por Frankie Ruiz en un arreglo de Ramón Sánchez. Existen dos versiones. Aquí se usa la completa.

miro, china, pero no te toco./ Y me vuelves loco./ Tú me vuelves loco./ Ay si yo pudiera, mama, aunque fuera un poco...

MANOLETE. Cállate, que a Mamapara no le gusta.

GUSTAVO. (*Sexual, provocativo con Manolete.*) Pues me vuelves loco./ Tú me vuelves loco/ cuando yo te miro, china, pero no te toco...

MANOLETE. (*Muy alto.*) Mamapara, Mamapara.

GUSTAVO. Tú te lo pierdes.

MANOLETE. Nada más que piensas en esa cochinada. Nunca piensas en otra cosa, en la relatividad de la vida, por ejemplo. Los sufrimientos del hombre moderno, se acaba un siglo, comienza otro, pasan las generaciones y ¿tú sabes lo que eso significa? Claro que no, solo piensas en mis nalgas. Los hombres normales no están tan preocupados con esas cosas. Ellos piensan, trabajan, crean, son políticos, científicos, profesores de universidades, médicos, curas y..., en fin, son normales. ¿Y tú? No, tú no. Solo piensas en eso, como todos los de tu calaña.

GUSTAVO. (*Cantando.*) Y me vuelves loco./ Tú me vuelves loco./ Ay si yo pudiera, mama,/ aunque fuera un poco...

MANOLETE. Tu alma negra tiene una cita mágica con todos los que son como tú; una invitación deshonesta al placer, a la risa, al arte, a la música, al ritmo y a los sentidos. A eso llegarás a tiempo. Puntual, puntualísimo.

GUSTAVO. Ay si yo pudiera mama aunque fuera un poco.

MANOLETE. Le he pedido a Dios millones de veces que me borre mis nalguitas para que te jodas. Quiero verte llorando a mis pies, pidiendo perdón, arrepentido de haber sido un pecador, consciente de que mis nalgas se borraron por tus deseos lascivos, lascivísimos. Bueno, mejor me calmo, no me conviene ponerme nervioso.

GUSTAVO. Humillado y de rodillas.

MANOLETE. (*Gritando.*) Mamapara, Mamapara. (*Otro tono.*)

Bueno, quizás si Mamapara no viene en la próxima media hora puedas salirte con tus sucios deseos. ¡Qué asco me das! No es de mentira, es de verdad, ¡lascivo!

Entra Mamapara en una silla de ruedas. Tiene más de cincuenta años, pero nunca lo reconocería.

MAMAPARA. ¿Siguen hablando de lo mismo?

GUSTAVO. Si tienes otro tópico de placer, con gusto.

MAMAPARA. Parecen un disco rayado. (*Otro tono.*) ¿Cuántas veces se han compadecido de mí? (*Grita.*) No han hablado ni una del accidente... El accidente cambió nuestras vidas.

GUSTAVO. (*Burlón.*) ¿Nuestras vidas?

MANOLETE. Perdónanos.

GUSTAVO. No hables por mí.

MAMAPARA. Dejen de ser lo que son, eso se cura.

GUSTAVO. (*Por su invalidez.*) Y nos convertimos en otros tú.

MAMAPARA. Prefiero ser inválida que ser como ustedes.

MANOLETE. Qué suerte la tuya, todo se te ha cumplido en la vida.

MAMAPARA. Imbécil.

MANOLETE. Se te ha cumplido con creces, inválida y cuidada por dos personitas encantadoras.

MAMAPARA. ¡Y no se mueren!

GUSTAVO. Cuidado, cuidadito, que se te puede cumplir ese otro deseo y entonces ¿quién te va a cuidar? Cuídanos mucho, que estás inválida y jodida...

MAMAPARA. No los necesito y ustedes lo saben.

MANOLETE. Perdónanos... (*Corrige.*) Perdóname.

Mamapara sale enojada.

MANOLETE. ¿Es que no tienes otra cosa de qué hablar?

GUSTAVO. (*Cantando.*) Hablemos del amor,/ de nuestro amor./
De la primera vez que nos amamos./ Estréchame en tus
brazos.²

MANOLETE. Has logrado enojarla. No ves que ella nos puede
destruir, somos lo que somos y a ti parece no importarte.
Pero si ella quisiera se uniría a todos los demás y nos des-
truirían. ¡Fuaa! Con una antorcha divina nos borraría de la
faz de la tierra y todo el mundo aplaudiría mientras las ratas
se miran en el espejo de los colores. (*Angustiado.*) ¡Ay,
Dios mío!

GUSTAVO. Me gustas cuando tienes miedo.

MANOLETE. ¿Tú nunca tienes miedo?

GUSTAVO. Tengo miedo del miedo.

MANOLETE. ¿Qué hora es? Necesito saber la hora exacta.

GUSTAVO. Las situaciones peligrosas me excitan. Ven, mete la
mano por mi cinturón y vas a ver. . .

MANOLETE. (*Coqueto. Haciéndose el enojado.*) Basta, basta,
eres un sucio mental, tienes diarreas cerebrales.

GUSTAVO. Es que no hago otra cosa que pensar en ti, majo.
Para quitarme el miedo.

MANOLETE. Creo que el diagnóstico más certero que se ha
hecho y se hará sobre la causa de los males de esta sociedad
es que la culpa es de los que son como tú. Esto es, de los
otros. Y es cierto. Lo digo porque me he permitido hacer
una lista de los otros. . . que confirma el aserto. Vean. La
culpa de lo que nos sucede en estos tiempos es de esa cla-
se corrupta que ha olvidado lo que tiene entre las piernas,
que, dicho sea de paso, en tu caso es bien poco.

GUSTAVO. Muchos dicen todo lo contrario.

² *Hablemos del amor*, canción de Manuel Alejandro. Raphael
la hizo conocida.

MANOLETE. No se trata de una moralidad individual, inventada sino de criterios de justicia y es procedimental en tanto, en cuanto, en vez y en lugar no señala conductas materiales a realizar en la cama propias de la ética privada. Óyelo, entiéndelo y saboréalo que no necesita una aceptación individual, aunque su sentido último sea favorecer que cada uno pueda aceptar individualmente, rasgo de la autonomía, con plena conciencia, su concepción de la moralidad privada.

GUSTAVO. Ayer no lo pude resistir más. Tú y Mamapara y todos en un pedaleo cochino por toda la ciudad como si el espejo de los colores no fuera suficiente para reflejar las arrugas. ¿Sabes por qué estoy frustrado? Porque se lo vi, duro. No me dio miedo, pero salí corriendo porque todos los placentes hemos tenido miedo. Y me monté en la *fucking* bicicleta y me fui para el carajo.

MANOLETE. Se dice que toda aseveración implica cesiones y contraposiciones.

GUSTAVO. No me jodas más con tus mariconerías. Lo que tienes que hacer es mamarme los timbales que las revoluciones no fueron hechas para lo que tú pides. (*Otro tono.*) ¡Aché pa ti! Desde pequeño la música de los negros ha corrido por mis venas. Cuando yo era niño, en el Central Zaza, había una negrita con un hoyito y me le acercaba para poder meterle...

MANOLETE. (*Interrumpiendo muy sorprendido.*) ¡¿Tavito, tú?! ¡¿Con una niña negra?!

GUSTAVO. ¿Yo, qué?

MANOLETE. Metías la cosita en el hoyito de la negrita...

GUSTAVO. Por eso es que la gente nunca se entiende. Era un hoyito de fango que ella hacía para jugar y yo metía una araña que siempre andaba merodeando, tratando de comerse las moscas. ¿Qué tú pensaste, mal pensado?

MANOLETE. Perdóname, Tavito. Tavito, perdóname. Perdón.

Ay, si Mamapara me hubiese oído, entonces tendría más razón para estar segura de que el hombre no debe pensar libremente. *(Se acuerda.)* Pero yo no soy hombre, soy eso...

GUSTAVO. No me interrumpas más. *(Otro tono.)* La cosa es que yo se la metía en el hoyito a la negrita.

MANOLETE. ¿La arañita peluda?

GUSTAVO. No, la cosita parada.

MANOLETE. ¡Mamapara! ¡Mamapara!

GUSTAVO. *(Asustado.)* Yo no he hecho nada malo. Yo no he hecho nada feo.

MANOLETE. ¿Y te parece poco? Pobre negrita.

MAMAPARA. *(Aparece cantando.)* ¿Estaban hablando del accidente?

MANOLETE. Sí, sí.

GUSTAVO. Pero de otro accidente.

MAMAPARA. *(Cantando.)* No te compadeces de mí y eso te puede costar más caro de lo que tú jamás has podido entender. Espérame aquí, sin moverte. No se vayan.

Da una vuelta en redondo, saca un látigo y comienza a flagelar a Gustavo.

MANOLETE. Perdónanos, perdónalo, perdóname. *Mea culpa, tua culpa*, papayona, inválida, cretina, santa, virgen, ruega por nosotros. Santa María Magdalena. Ay, ay, tengo compasión de ti... *(Mamapara ha quedado suspendida en el aire al oír esto último. Manolete lo comprende.)* Tengo compasión de ti, tengo mucha compasión de ti. El accidente, el accidente. Pobrecita. ¡Pobreeecita!

Mamapara sale llorando, flagelándose la espalda.

MANOLETE. Fue horrible, espantoso. Me dio mucho miedo.

GUSTAVO. Tenemos que hacer algo.

MANOLETE. Cállate, hombre. Cállate. Cállate, por favor. (*Cam-
bio.*) ¿Tú has tenido un gran deseo? Yo deseaba con toda
mi alma poder ser un hombre espacial. Ir a la luna y plantar
la bandera nacional en medio de todos los cráteres lunares
y salir en la televisión y ser recibido como un héroe a mi re-
greso a la tierra. (*Otro tono.*) ¿Por qué no se nos cumplen
los sueños? ¿Será el destino? Unos logran ir a la luna sin
siquiera desearlo y otros no podemos ir ni a la estrella más
cercana. ¿Será que yo soy diferente a los hombres *nor-
males*? ¿Tú tienes la respuesta? Dime, ¿por qué no se nos
cumplen los sueños?

Entra Mamapara. Viene con mucho dolor en la espalda.

MAMAPARA. Me duele mucho la espalda.

MANOLETE. ¡Pobrecita!

GUSTAVO. ¿Y?

MAMAPARA. ¿Cómo que “y”? Me tienen que dar masajes.

Manolete busca una crema para darle el masaje.

MAMAPARA. No me lo vas a dar con esa crema apestosa, quiero
la de los mil olores.

MANOLETE. Queda muy poca.

MAMAPARA. ¿Qué dijiste?

MANOLETE. Nada. No hablé. No dije nada, nada, nada.

GUSTAVO. Hay que ahorrarla. La onza cuesta mil dólares y can-
tidad de libras esterlinas y siete millones de pesetas y dos
mil coronas y cincuenta centavos de euro y quinientos billo-
nes de millones de miles de muchos pesos mexicanos.

MAMAPARA. Apúrate.

GUSTAVO. Es para los niños pobres, para los enfermos de sida, para las mujeres abusadas sexualmente, para los que no tienen cojones y para los que se afeitan debajo de los brazos, sin contar los leprosos, los enfermos de cáncer y...

MAMAPARA. (*Interrumpiéndolo.*) Pregúntame si me importa todo eso para decirte que no. Ay, me duele. Apúrate.

Manolete busca la crema y comienza el masaje.

MANOLETE. Me encantan tus orejitas.

MAMAPARA. Son para oírlos mejor. Con cuidado, idiota, que soy una persona. Aprende a respetar mis derechos humanos. Como no es a ti a quien le duele... Y nadie habla del accidente. A nadie le importa.

GUSTAVO. Me pica un huevo. (*Directamente a alguien del público.*) ¿Y a ti?

MAMAPARA. ¿Y qué quieres, marrano? ¿Que te lo rasque?

GUSTAVO. No sería mala idea. (*Dirigiéndose al mismo que le preguntó antes.*) ¿Verdad?

MAMAPARA. Déjame, suéltame, que me voy a la otra habitación a recordar el accidente.

Mamapara sale.

GUSTAVO. ¿Le tienes odio?

MANOLETE. Cállate. No sé de qué me hablas.

GUSTAVO. ¿Nunca has querido tumbarla de la silla?

MANOLETE. Cállate.

GUSTAVO. ¿Violarla?

MANOLETE. Cállate.

GUSTAVO. ¿Coserle la boca?

MANOLETE. Pobrecita.

GUSTAVO. Yo sé que lo deseas.

MANOLETE. No sé de qué me hablas.

GUSTAVO. No lo dices, pero lo piensas constantemente.

MANOLETE. (*Tapándose los oídos.*) ¡Cállate!

GUSTAVO. ¿Vas a morirte sin hacer lo que deseas? ¿Por qué? ¿Por qué? En la vida tenemos que atrevernos. No podemos quedarnos pasmados, conformes con la suerte que nos toca. Nunca vas a ir a la luna y no vas a ser astronauta. Atrévete a hacer lo que quieres. Atrévete. Hay que atreverse, atrévete aunque sea una vez en la vida. Atrévete a atravesar, acaparador atravesado atractivo.

MANOLETE. Cállate, cállate, pobrecita, ay, pobrecita. Pobrecita, pobrecita la hija de puta.

GUSTAVO. ¿Quieres hacer sexo?

MANOLETE. En la medida en que una persona sea aberrada pierde su capacidad de ser. O sea una persona bondadosa y buena que tiene problemas de aberración. Si tú no controlas bien una situación, al final la situación termina con la persona. Me da igual la filosofía que tiene la persona. En la medida en que tú tengas esas características pierdes el sentido de la lucha. Sin embargo, si haces lo que Mamapara te dice vas a saber mejor..., pero tú vas en contra de todo. No eres capaz de ver tus fallas. ¿Entiendes bien lo que te digo? La vida va tan rápido que me doy cuenta de la necesidad de seguirte ayudando para que cumplas tus deseos de terminar con ella. (*Se calla, se da cuenta de que quizás ha hablado demasiado.*)

Mamapara entra.

MAMAPARA. (*¿Oyó o no oyó?*) ¿Estaban muy preocupados por mí? Aunque no les debo ninguna explicación, se las

voy a dar porque me da la gana. Fue culpa de la reina fui a visitarla por un momento y me agarró habla que te habla y diciendo lo mismo y lo mismo y el rey sentado tejiéndose una mantilla y ella habla que te habla y me iba a ir porque ya habíamos hablado suficiente del accidente y de mis problemas y me tenía mareada con tanto hablar y pum que llega el arzobispo y comienzan a hablar entre sí mientras el rey tejía y cabeceaba de sueño y el primer ministro que comienza a hablar de los derechos de la gente que son como ustedes y el arzobispo que dice que todos éramos y entonces corrige y explica que no que se equivocó y que solo ustedes eran lo que son y el rey que dice que a él también le gusta y yo que digo que ustedes no tienen derecho y que estamos en un siglo lleno de progresos y avances técnicos, morales, sociales, artísticos y el cardenal que eso a él le importa un cojón y la reina que no se santigua y el rey que hay que construir una sociedad libre y justa y sin prejuicios y que para eso hay que cortarles la cabeza a todos los que son como ustedes y el arzobispo que continúa insistiendo en que a él nadie le va a cortar la cabeza y el primer ministro que teme que se descubra que es un travesti y el rey que se para furioso y yo que me quería ir y el primer ministro que deseaba poder meter la nueva ley y el arzobispo que es muy tarde y en fin que solo tienen derechos humanos los que los tienen porque para eso es que se reúnen todos los gobernantes en las Naciones *Undías* y yo que me masturbo y ya me iba pero el rey que se para con toda su majestad y me dice que no me puedo ir hasta que no terminemos el juego de cartas y que además mi obligación es vigilarlos a ustedes dos y declararles la guerra sin cuartel y joderlos y cortarles todos los derechos y hostigarlos para que cambien de vida y sean como todos los demás porque el más difícil de convencer fue el revolucionario pero el

primer ministro que no cree en nada ni en nadie le explicó con lujo de detalles que cuando se tiene el poder lo importante es que uno actúe igual que los otros que tienen el poder sin importar si eres rojo o blanco o negro o azul o católico o comunista o lo que sea. Lo que se dice no tiene importancia y lo importante es cómo se actúa y el problema es que los que son como ustedes son y quieren seguir siendo diferentes y no quieren cambiar y eso es absurdo y no es posible y uno se hace el que no pero que sí, haciendo creer que se disiente, pero eso no es disentir. Y no me han dicho, ¿me extrañaron o no?

MANOLETE. Sí.

MAMAPARA. ¿Mucho?

MANOLETE. Muchisísimo.

MAMAPARA. ¿Por qué me mientes?

GUSTAVO. ¿A dónde fuiste?

MAMAPARA. No creo que debamos tutearnos.

MANOLETE. Perdónanos. (*Corrige.*) Perdóname.

MAMAPARA. Me voy a ir, pero no crean que porque me voy a ir es que no estoy aquí. Estoy como si estuviera y todo lo veo y todo lo oigo y les puede costar muy caro si no actúan como esperamos que actúen.

MANOLETE. Mamapara.

MAMAPARA. (*Que ya se iba. Se detiene.*) ¿Qué quieres ahora?

MANOLETE. ¿Ya es la hora?

MAMAPARA. Si ustedes se controlaran yo no tendría que estar insistiendo en favorecerlos, si ustedes van cuando yo digo vayan allí y ustedes van allí... pero no, y por lógica me veo obligada a insistir. Esa es la solución, las soluciones no existen a nivel personal. Les dan una tortilla y ya está resuelto, pa'llá van. Es necesario que haya un encuentro adentro. Aquí. (*Se toca el pecho.*)

Mamapara sale.

MANOLETE. Más claro un cristal.

GUSTAVO. ¿Lo oirá todo?

MAMAPARA. *(Desde afuera.)* Sí.

GUSTAVO. ¿Lo verá todo?

MAMAPARA. *(Desde afuera.)* Ahora mismo estás parado, ahí, con cara de idiota. *(Otro tono.)* Aaah, y no me molesten que me voy a dormir la siesta.

Pausa larga.

MANOLETE. No sé por qué lo dudaste.

GUSTAVO. Tú la odias, ¿verdad?

MANOLETE. *(Para que Mamapara lo oiga.)* La amo, la adoro, la idolatro, la quiero muchísimo, no puedo estar lejos de ella, la adooooo... y tú también.

GUSTAVO. *(Tímido.)* Sí.

Con mímica, Gustavo le pregunta si la odia y Manolete le contesta afirmativamente. Gustavo, muy feliz, comienza a brincar para celebrar este hecho.

GUSTAVO. ¿Para qué le preguntaste la hora?

MANOLETE. Sabes muy bien que me gusta ser puntual. Además tú no tienes un reloj con la hora exacta. Además me dio la realísima gana.

GUSTAVO. Así me gusta que seas. Malo. Malísimo. Perverso. Papacito mío. Mi papacito bello.

MANOLETE. No te vayas a excitar.

GUSTAVO. Demasiado tarde.

Gustavo comienza a desnudarse.

MANOLETE. ¿Y ahora qué estás haciendo?

GUSTAVO. Hace ya muchos años que pasó por una España que se desperzaba una corriente erótica de proporciones gigantescas; hace mucho tiempo también que a ninguna mujer se le ocurre hacer condones de ganchillos y un poco menos que la vecina puso los puntos sobre las íes, pero para qué engañarnos, los desnudos siguen teniendo su morbo para el gran público.

MANOLETE. Mamapara, Mamapara.

GUSTAVO. (*Se viste rápido.*) Ya, ya, ya me vestí.

MAMAPARA. (*Desde afuera.*) ¿Me llamaron?

GUSTAVO. No, no.

MAMAPARA. Voy a dormir la siesta. *Ciao.*

GUSTAVO Y MANOLETE. *Ciao, Good Bye.*

GUSTAVO. ¿Tú sabes cómo fue el accidente?

MANOLETE. Shiiiis. Te va a oír. (*Bajito.*) Claro.

GUSTAVO. (*Bajito.*) ¿Qué fue lo que pasó?

MANOLETE. (*Ambos continúan hablando bajito.*) Todo el mundo lo sabe. Salió en todos los medios de prensa. En la televisión, en los grandes periódicos del mundo entero. Hicieron una película sobre el accidente. Fue horrible. El emperador del Japón vino al entierro, y la Gran Duquesa de Luxemburgo estuvo bailando toda la noche, con él; el Santo Padre declaró un día santo. Todo fue bellissimo. ¡Hecho con mucha exquisitez! Yo estaba muy feliz. (*Más bajito aún.*) No vayas a repetir esto porque lo negaría, óyeme bien, ¡que no me oiga!, pero dicen que..., mejor no te digo nada. En boca cerrada no entran moscas.

GUSTAVO. (*Alto.*) Pero, ¿qué fue lo que pasó?

MANOLETE. Bajito, por favor.

GUSTAVO. Cuéntame o grito.

MANOLETE. ¿Crees que no nos ha estado oyendo? Por favor, no seas iluso. Lo ha oído todo, todo, todo, todito. (*Para*

protegerse. Muy alto.) Pero yo no he dicho nada, nada de nada.

Se oye un ronquido profundo, alto.

Entra un Policía, con nariz de payaso. Parece un muñeco, un soldado de plomo, marchando militarmente.

GUSTAVO. Este personaje no es de la realidad.

MANOLETE. Sí. Es un policía.

GUSTAVO. No puede ser.

POLICÍA. ¿Acaso podemos predecir las consecuencias psicológicas, sociales y humanas de un niño que desde su infancia es educado por unos *padres raros*? Pues es muy fácil. Si queremos plantear nuestra postura intelectual y mostrarnos en contra, clara y transparentemente, acerca de que se reconozcan a los ¡ustedes saben quiénes! los derechos... Y nuestra cultura es una cultura, quiérase o no, de parámetros fuertemente heterosexuales.

MANOLETE. Me encanta lo que termina de decir.

GUSTAVO. (*Al Policía.*) Me encanta tu naricita. Me la comería a mordidas.

El Policía ríe pícaro. Le gustó el piropo.

POLICÍA. La presión del medio ambiente: ¡perfecta!

MANOLETE. Yo jugaba con muñecas desde niña..., niño... Desde niño quise decir, señor don Policía.

POLICÍA. No se equivoque, no se equivoque. Me encanta ser policía en la ciudad de Nueva York. Es necesario ser macho de verdad, y yo quería, pero no me atrevo porque no es lo correcto. ¡Revolcarme en el lodo de la vida! Y me le acercaba por detrás, feliz de que estuviera de frente a la ventana,

usando los *blumes* rojos que le regalé. Mirando la nieve que caía y no nos tocaba y entonces le levantaba su pierna derecha, velluda, y en esa posición... , yo un poco agachado, a través del *blume* rojo comenzaba a penetrarle poco a poco y el *blume* se llenaba de sangre y de un dolor lleno de pasión. Pero no me gustan los gritos en momentos como esos. No se equivoquen, lo correcto es lo correcto y yo soy lo correcto de acuerdo al reglamento militar que me enseñaron y el sargento nunca se ha dado cuenta y yo tengo que pagarme mis estudios porque me metí en el ejército para aprender y entender las debilidades humanas. Yo no soy ambiguo como ustedes, ni lobo como ella, ¿me explico? Yo soy lo que no soy, pero lo que no quisiera ser. Yo soy del pueblo. Lo que sería si las circunstancias fueran otras. La academia nos prepara militarmente para entender cómo se debe cumplir la ley según los intereses del poder que el pueblo les ha dado. Un poder poderoso. La academia nos enseña a defendernos para defender a la población más débil porque los criminales son la escoria de la humanidad. Un policía es el orden y debe ser siempre un hombre preocupado por lo que nos preocupa, obedeciendo las órdenes de sus superiores, cumpliendo con su deber para con la república... Chaca, chaca, chaca.

El Policía sale con su caminar de soldadito de plomo, tirando besos.

GUSTAVO. (*Eructando.*) Adiós, Ciao, Bye bye.

MANOLETE. Es asombroso.

GUSTAVO. ¡Fabuloso!

MANOLETE. No creas que no te oí. (*Otro tono. Triste.*) Me dieron ganas de llorar. Pudiste refrenar tus instintos delante de mí; respetarme. Yo siempre te he respetado. Si alguien

respeto a alguien, pues lo menos que puede esperar es que ese alguien lo respete.

GUSTAVO. Para eso soy el hombre de esta casa.

Se oye un grito horrible. Lleno de dolor. Es Mamapara, fuera de la escena.

MANOLETE. Ay, Dios mío.

GUSTAVO. Otra vez. ¿Cuándo dejará de gritar así?

MANOLETE. Si hubieras pasado por lo que ella ha pasado.

Mamapara aparece. Angustiada.

MAMAPARA. Fue horrible otra vez. (*Mientras habla, tiene un arranque de angustia, de desesperación, se hala los pelos, se arranca pedazos de carne, se retuerce y se revuelca en su silla. Echa espuma o sangre por la boca. Se cae de la silla.*) No entienden, me muero, estoy desesperada. Lo volví a ver todo como si estuviese ocurriendo; la lluvia, sus senos, el pene de él... Ella gritaba, se agarraba a mí, me abrazaba. Ay, Dios, me miraba con unos ojos grandes y vidriosos porque no quería morir. Sus manos se alargaron tratando de agarrarse a la vida, de aferrarse a mí... ¿Y yo qué podía hacer? Nada, nada, nada... Y él, mi mejor amigo, ay, Virgen santa, ¿qué podía yo hacer? ¡Qué horror! ¡Qué horror! Ustedes nunca sabrán lo que es sufrir así, lo que es recordarlo, verlos en sus últimos momentos de vida. (*Más calmada.*) La vida es nada. Cuando un ser querido muere y nosotros allí, sin poder levantar un solo dedo para ayudarlo... Nos quedamos vacíos, sintiendo que ya no están, pero seguimos pensando que están y que nos podremos comunicar con ellos..., y entonces te das cuenta de que no puedes porque ya no están. Ellos ya no

están y yo no pude hacer nada, el auto se viró, ellos salieron disparados y sus vísceras regadas por todo aquel lugar, sus cabezas desprendidas de los troncos, las piernas desgarradas, disparando la sangre como si tuvieran una manguera adentro, lo veo todo y lo disfruto como si fuera ahora mismo. Ellos, yo y qué le voy a hacer si se... Ay, Dios mío, se jodieron. ¡El muerto al hoyo y el vivo al pollo!

Manolete se adelanta y la va a ayudar a incorporarse.

MAMAPARA. No te atrevas a tocarme. (*Extiende sus manos hacia Gustavo, que la ayuda a incorporarse y a sentarse en la silla de ruedas.*) Gracias, eres muy amable. Perdona que..., perdona que haya..., no importa... pero no pude evitarlo. Tenía hambre y no tuve tiempo para ir a comprar los vegetales esta mañana. Lo recordé todo. ¿Me perdonas?

MANOLETE. *Ego te absolvo.*

MAMAPARA. (*A Gustavo.*) Gracias, mi amor. Hijito querido. Pero me dan esos ataques... y no puedo contenerme. Cuando tengo hambre, me sale todo lo erótico que tengo dentro de mí y la luna sobre mi cabeza y le meto el diente a cualquiera que tenga delante.

Mamapara sale lentamente.

GUSTAVO. Si yo fuera ella...

MANOLETE. Pero no lo eres.

GUSTAVO. (*Acabando el pensamiento anterior.*) No podría dormir con ese sentimiento de culpa sobre mi cabeza.

Entra el Policía, completamente desnudo. Conserva su nariz de payaso, su sombrero de policía y su caminar de soldadito de plomo.

POLICÍA. (*Comienza a cantar como si estuviera en una zarzuela o en un musical de Broadway.*)

El mundo es color de rosa,
la vida es una sola,
no importa lo que seas,
debes saber gozar,
la vida es una sola,
no te pongas a criticar,
no te metas en lo que no te importa,
deja a los demás vivir,
no tires la piedra al vecino,
si tienes un techo de cristal,
La vida es una sola,
debes saberla gozar.

Sale. Entra Mamapara.

MAMAPARA. (*Cantando.*)

¿Quién era el imbécil
que aquí cantaba?
Lo que decía eran sandeces
que a mí me encabronaban.
¿Quién era el imbécil
que aquí estaba?

GUSTAVO. El soldado.

MAMAPARA. Oh, el soldadito bello. Él es muy inteligente. Yo estoy completamente de acuerdo con su filosofía de eliminar a los elementos negativos de la sociedad, los negros, los chinos, los extranjeros, los bobos, a los unos y a los otros... Si yo fuera el rey..., pero no el rey de ahora que lo único que hace es protocolo. Uno de verdad, como los de antes. Bueno, pues yo me pararía en medio de la catedral y llamaría a todos los vasallos para aumentarles los

impuestos y entonces les cortarí la cabeza a todos los que no me cayeran bien. O sea a todos los que estorbaran el buen desenvolvimiento de la sociedad moderna.

GUSTAVO. Ya está hablando la misma cantaleta de siempre. ¿A dónde vamos con esta jerigonza? ¡A ningún lado!

MAMAPARA. Ya te arrepentirás de todo lo que has dicho. *(Sale.)*

FIN DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO

Entra el Soldado. El escenario debe estar en penumbras al final del monólogo del Soldado.

SOLDADO. Ella siempre usaba el espejo de los colores. Se miraba continuamente en el maldito espejo. Yo la quise mucho, más de lo que nadie puede imaginarse. La vida no era como es ahora. Todo era normal. Lo negro era negro y lo rojo, rojo y lo azul era cielo. El sol salía por el oriente y se ponía por el occidente. ¿O no? Bueno, era como tenía que ser. No como es ahora. Ahora las cosas son como no son, lo que es no es... ¿Volverán a ser como eran? Yo la quise mucho. Ella siempre llegaba a las doce, nunca falló, nunca faltó. Siempre puntual. No fumaba marihuana, no fornicaba, no bebía. Aquella noche estaba lloviendo, se oían los truenos, los rayos atravesaban el cielo oscuro y dejaban ver unos relámpagos que no permitían observar nada. Además aquel perro sarnoso que no se callaba, ladraba y ladraba y seguía ladrando. Ella fue a buscarlos al aeropuerto. Por el camino iba haciendo planes. Se irían abrazados hasta el carro, él se sentaría atrás, solo, y ella a su lado, los cuerpos unidos, casi como si fueran uno. Él estaba incómodo pero a ellas no les importaba porque cada uno tenía que cumplir su misión, para algo hemos venido a este mundo. ¿O fue simplemente para pasar por él, sin dejar huellas? ¿Y yo, qué? ¿Y si me muero hoy, qué? Pero ni a él

le importaba eso, ni a ellas les importaba nada, él pensaba en lo otro y ellas, ellas no pensaban en él... Y el viento, y la lluvia y los truenos, los relámpagos y el maldito perro que no se callaba y un árbol que cayó en la carretera cerca del auto y entonces...

Se oye el mismo grito de antes. Es Mamapara. Se oyen truenos, se apaga la luz, algunos rayos y comienza a llover. La escena queda a oscuras. Por la platea, entre el público, atraviesa Mamapara, vestida simple pero sexualmente. Trae un quinqué en las manos. Llega al escenario. La escena sigue a oscuras, iluminada con la pequeña luz del quinqué.

MAMAPARA. *(Al Soldado y a nadie.)* Nunca he estado en el mar. *(Otro tono.)* Cierra tus ojos, no los abras, oye las olas, no se oye nada, solo el mar. Cuando abras tus ojos la vida será distinta, no experimentarás nada igual a como lo experimentabas antes de cerrar los ojos. Oye las olas. Estás en otro lugar, no estás aquí, las olas van llegando hasta donde tú estás, tirado en la playa, desnudo, con la espuma metiéndose entre tus piernas y cubriendo todo tu falo. Es grande, me gusta, y tu pubis cubierto de pelos, y yo, vestida de novia sin que el agua pueda mojarme, sin que nada pueda tocarme. Solo tú, solo tú me mojas toda. No abras los ojos, bésame sin tocarme, péntrame, despacio. La vida solo se vive una vez.

Mamapara sale dando vueltas y, de pronto, se ilumina el escenario. El Soldado ha quedado como perdido, desorientado. Se va hacia un lado del escenario, mirando hacia el infinito.

SOLDADO. Yo la quise mucho. La loba, la loba... ¡Qué placer cuando me devoras!

Entran Gustavo y Manolete.

GUSTAVO. Fue ella, fue ella, se lo comió todo.

MANOLETE. Quisiera que dejaras de beber.

SOLDADO. ¿Sería niño o niña?

GUSTAVO. (*Al Soldado.*) Nunca te lo habías preguntado.

SOLDADO. El asunto no es ese.

MANOLETE. Es que cuando no tomas no hablas tantas boberías.

GUSTAVO. Un día me darás la razón.

MANOLETE. Quizás.

GUSTAVO. Seguro.

SOLDADO. ¿Volverá?

MANOLETE. Nunca.

SOLDADO. ¿Volverá?

MANOLETE. ¿Eso qué importa?

SOLDADO. ¡¿O solo ha sido un sueño?!

El Soldado sale.

GUSTAVO. Tenemos que planearlo ahora que ella salió y que el Soldado está demasiado deprimido como para oír nada que no sea su dolor.

MANOLETE. El dolor, igual que la alegría, nos pone sordos.

GUSTAVO. ¿Cómo lo vas a hacer?

MANOLETE. ¿Qué? ¿Yo? ¿Estás loco?

GUSTAVO. *I love you.* (*Otro tono.*) Lo mejor es usar un veneno de víbora.

MANOLETE. No le haría efecto.

GUSTAVO. ¿Un puñal, en medio del corazón?

MANOLETE. No tiene corazón.

GUSTAVO. Un revólver.

MANOLETE. Están prohibidos por la ley.

Entra el Soldado-Policía bailando y se dirige a Manolete, lo toma entre sus brazos y bailan sin que Manolete salga de su asombro. Manolete lo empuja, el Soldado se dirige a Gustavo y comienza a bailar con él.

MANOLETE. ¿Por qué te empeñas en utilizarlos?

POLICÍA. ¿Yo? ¿Utilizarlos?

MANOLETE. ¿Quién te da las órdenes?

POLICÍA. ¿Órdenes? ¿A mí?

MANOLETE. Están bailando sin música.

Detienen el baile. El Soldado sale.

MANOLETE. El ejército siempre haciendo lo que no debe.

GUSTAVO. No me has acabado de contar lo que pasó.

MANOLETE. Yo iba en el carro, era el otro, iba detrás y ellas ni se percataron de mi presencia y se salvó y me salvé y vio y vi cómo ella comenzaba con su horrible banquete... (*Otro tono. Misterioso. Con miedo.*) Había luna llena. El hombre lobo comenzó su espantosa transformación y sus uñas humanas se alargaron y se convirtieron en garras, y sus dientes en enormes colmillos que salían de su boca que ya se había convertido en las fauces de una bestia horrible...

Mientras Manolete habla se apaga la luz y a los dos lados de la platea y sobre las cabezas del público —reflejada en las personas que están sentadas— comienzan a verse escenas silentes de las películas del hombre lobo de

los años cuarenta o cincuenta. Desde detrás del público se oye un aullido espantoso como el que se oye en las películas de los hombres lobo, y la luz sube hasta una penumbra que nos permite darnos cuenta de un lobo corriendo por el escenario o por el pasillo de platea. La luz se enciende. Mamapara entra con orejas de loba.

MANOLETE. ¡Qué orejitas más lindas!

MAMAPARA. Háblame alto que no te oigo bien.

MANOLETE. Estás preciosa.

MAMAPARA. (A Manolete.) Al final vas a terminar diciéndolo todo.

MANOLETE. ¿No tienes confianza en mí?

MAMAPARA. No.

MANOLETE. Lo sé.

MAMAPARA. Eres de la peor calaña.

MANOLETE. Pero si no tienes confianza en mí, ¿en quién la puedes tener?

Entra el Soldado. Mamapara sale cuando lo ve. El Soldado sale.

GUSTAVO. Podríamos hacernos muy ricos. ¡Millonarios!

MANOLETE. ¿Cómo?

GUSTAVO. Chantaje.

MANOLETE. Estás deseando que te cuente lo que hay que contar.

GUSTAVO. Tenemos que eliminarla.

MANOLETE. (Mirando para todas partes.) ¡Cállate! ¡No quiero oírte! ¿Cuánto podríamos pedirle? (Otro tono.) Me da miedo.

GUSTAVO. Hay que atreverse. El viaje a la luna, al espacio. ¿Te acuerdas?, ser astronauta.

Gustavo se dirige a las flores que se han ido acumulando durante la obra. Saca un micrófono de las mismas. Lo muestra orgullosamente. Se pone el dedo índice sobre el labio y la nariz y le pide a Manolete que haga silencio. Apaga el micrófono.

GUSTAVO. Ya no hay nada que temer. Este es todo el secreto de esa bruja. No hay magia, es realidad. (*Grita.*) Mama-para, Mamapara, bruja, vieja pendeja, maricon. (*Silencio.*) ¿Ves? No oyó nada, no es omnipresente. Es un atributo divino y ella es una simple bruja y además, vulgar.

MANOLETE. No estoy tan seguro.

GUSTAVO. ¡Piensa!

MANOLETE. ¡¿Eh?!

GUSTAVO. No ha venido a castigarnos. Su poder es limitado. Es tan poderosa como nosotros queramos hacerla poderosa. No tengas miedo. ¡Bésame!

Se besan.

GUSTAVO. (*Mirando para todas partes.*) ¿Ves? No vino porque no se enteró de nada. Ni tampoco me oyó gritar. Son cosas que ella no perdona. (*Enseñando el micrófono.*) Su poder no existe. Se acabó la magia aquí y vamos a actuar como seres normales. La vamos a eliminar. Muerto el perro se acaba la rabia. No podemos continuar permitiendo que nos avasalle. Tenemos que ser hombres libres, hacer lo que tenemos que hacer. (*Otro tono.*) Es muy fácil, la eliminaremos y nadie se dará cuenta de que la eliminamos.

En este momento ya debe haber ocurrido un cambio visible. Manolete no muestra una ambigüedad tan

evidente. Gustavo también ha cambiado. Los dos están más conscientes de que algo es distinto —aunque quizás no puedan explicar qué— y se comportan de acuerdo.

GUSTAVO. ¡Atrévete! Tienes que atreverte. Hay que atreverse. Tenemos que atrevernos.

MANOLETE. ¿El crimen perfecto?

GUSTAVO. El crimen perfecto. (*Le da un papel.*) Léelo, aquí está todo escrito. No debemos dejarla sin sonido por mucho rato o comenzará a sospechar. (*Coloca la grabadora en el mismo lugar en donde estaba antes. Comienza a cantar para disimular, mientras Manolete lee y después rompe el papel y lo esconde.*)

MANOLETE. Ella es un tirano, un dictador; sofoca nuestra libertad constantemente. (*Imitando sarcásticamente.*) ¡El accidente! ¡El accidente! Métetelo por el culo, que ese accidente no es mi problema, ni el tuyo, es el de ella, ella sola, que se joda. ¿Quién la mandó? ¿Por qué salió si había luna llena? Yo no tengo por qué complicarme la vida, ni tú tampoco. ¿Sabes qué sucedió aquel día? Te lo voy a contar, fue una cosa increíble, de película... , por eso es que tiene ese aspecto tan horrible, con esas orejas. Todos quedaron descuartizados, sus miembros repartidos por el terreno, la sangre llenó mil palanganas...

GUSTAVO. (*Interrumpiendo. Declama como un actor de antaño.*) “¡Estoy perdido! ¡Estoy muerto! ¡Me han matado! ¿Qué camino tomaré? ¡Al ladrón, al ladrón! ¿Dónde está? No sé; no veo nada. Voy como ciego y no puedo saber adónde voy, en dónde estoy ni quién soy. Por favor, decíme quién ha robado mi olla. (*Al público.*) Tú, ¿qué me dices? Quiero creerte, pues pareces ser hombre honrado. Pero ¿por qué os reís? Os conozco perfectamente a todos;

sé que aquí hay muchos que ocultan su iniquidad bajo esos blancos trajes y tienen aspecto de gente de bien...”³

MANOLETE. (*Interrumpiendo.*) Bravo, bravo. Bello, bello, bellísimo. No hay nada más ridículo que los clásicos.

GUSTAVO. ¿Lo reconociste?

MANOLETE. ¡Por favor!, pura comedia latina: Euclión hablando con Licónides. Escena nueve, acto cuarto, *La olla*, Plauto.

GUSTAVO. No hay nada más sublime que los clásicos. Séneca, Plauto, Shakespeare, ¡aaah!, bueno y también los autores contemporáneos europeos: Ionesco, Ibsen, Brecht..., ¡aaah!

MANOLETE. Mientras más ridículos, más decimos que nos gustan para hacernos los intelectuales.

GUSTAVO. ¡Aaah!

MANOLETE. Murieron por su culpa en sus fauces.

GUSTAVO. (*Otra vez declamando.*) “Ante todo, empiezo por desear salud para mí y para vosotros los espectadores. Os traigo a Plauto en la lengua, no en la mano, y os pide que le recibáis con ojos de benevolencia. Ahora, atended y sabréis el argumento, que os lo declararé en la menor cantidad de palabras que pueda. Los poetas, en sus comedias, suelen hacer cosas como estas: para que un asunto os parezca griego por completo, fingen que todo lo que se hace ocurre en Atenas. (*Recalcando.*) Yo no diré más que lo que la acción impone por sí misma. Cierto que en esta comedia hay ambiente helénico...”⁴

³ Plauto: *La olla*, traducción de Vicente Blanco García en *Comedia latina*. La Habana: Arte y Literatura, 1976, 108.

⁴ Plauto: *Los dos mellizos*, traducción de P.A. Martín Robles en *Comedia latina*, ed. cit., 127.

MANOLETE. Plauto otra vez: *Los mellizos*. Aquella fue tu mejor actuación, no lo puedes negar. Desde ese día no pude dejar de pensar en el teatro, tan absurdo, tan irreal; desde ese día quise ser actor. Cierra los ojos, es la escena... yo, en el escenario, entro y digo... algo de Otelo, la gente me aplaude entusiasmada, me tiran flores, besos y yo en medio del escenario con los ojos cerrados, con el corazón palpítandome, deseando salirse del pecho...

MAMAPARA. (*Entrando, aplaudiendo burlona.*) ¡Abajo el telón!

GUSTAVO. ¿Por qué le haces eso?

MAMAPARA. Porque la vida no es una comedia.

MANOLETE. Eres cruel.

MAMAPARA. Soy práctica. Y sí, cruel, muy cruel. (*Al público, recitando.*) “También a vosotros os invitaría, espectadores, si tuviera algo que daros o hubiera en casa sobras del sacrificio. Pero creo que estaréis invitados a comer en otra parte. De todos modos, si queréis dispensar a esta comedia un aplauso resonante, venid todos a participar en un festín de aquí a dieciséis años”.⁵ (*A Manolete y a Gustavo.*) Vosotros dos entrad a cenar conmigo.

MANOLETE. ¡Mamapara! Démones. *El cable marino*. Escena tres, acto quinto. También de Plauto.

MAMAPARA. Se les olvidaba que yo también soy actriz y mejor que ustedes dos, he sido mejor en todo, en el escenario también. Y les ordeno que pongan los pies en la tierra que el teatro es eso, teatro.

Se oye un fragmento de ¿Más teatro?... ¡Oh, no!, interpretado por La Lupe.

⁵ Plauto: *El cable marino*, traducción de P.A. Martín Robles, en *Comedia latina*, ed. cit., 281.

LA LUPE. Más teatro, ¿para qué?/ ¿Más teatro?... ¡Oh, no!/
Ya está bueno de teatro.⁶

MANOLETE. Mamapara, Gustavo está horneando un pastel de
rábanos, con mucha azúcar y vainilla, como te gusta.

MAMAPARA. ¿Quieres que se lo agradezca?

Gustavo sale.

MAMAPARA. Me hubiera gustado ser bailarina, mejor que ac-
triz. Pero mira cómo estoy. No he sido una mujer dichosa,
no tengo a nadie en la vida. Mi madre murió y después mi
padre la acompañó en su viaje gástrico.

MANOLETE. Deseo decirte algo.

MAMAPARA. Tú sabes que yo lo sé todo.

MANOLETE. ¿Todo, todo?

MAMAPARA. Sí.

MANOLETE. Pero tengo que decirte sobre una conversación
que acabamos de tener.

MAMAPARA. Lo sé todo. Soy como una diosa. ¡La Gran Tirana!

MANOLETE. Bueno. Si tú lo dices.

*De pronto se forma una confusión en el escenario que
de alguna manera debe llegar hasta los espectadores y
trasmítilles algo de miedo, mezclado con irrealidad. El
escenario se queda a oscuras pero inmediatamente co-
mienza a realizarse un espectáculo de luces y de sonidos,
mezcla de música rock, de rap y de gritos, o de lo que
sea. La proyección de diapositivas (o de filmes) en el*

⁶ ¿Más teatro?... ¡Oh, no! de Curet Alonso. Arreglo de Joe
Cain. *Un encuentro con La Lupe*. La Lupe y Curet Alonso.
TICO Records. Productor: Joe Cain.

escenario presenta cuerpos destrozados, escenas de guerra, de fusilamiento, niños con cara de hambre, escenas de sadomasoquismo, etcétera. En la parte de atrás de la audiencia o en distintas partes de la sala se oye el grito de Tarzán y de hienas y lobos. Al mismo tiempo, en esa confusión, Mamapara está en el escenario. La vemos como en una especie de juego con piernas y brazos sueltos que muerde, cabezas que lame y tira para un lado y el otro fuera del escenario —pero no hacia el público—. Manolete lo contempla todo, junto al Soldado que entra cuando sea conveniente. Callados, con miedo y respeto al mismo tiempo. Gustavo se va a sentar en la platea. Se debe tener cuidado en no exagerar ni alargar demasiado esta escena. Terminada la misma, Mamapara sale.

Esta escena marca un cambio visible en la forma de la obra, incluso —y esto es importante— en la creación artística de los actores. El discurso cambia y por tanto debe cambiar la forma de decirlo. Por ejemplo, ver la diferencia estilística entre los monólogos de Mamapara en las páginas 160-162 o 167-168, y los de las páginas 183-184 y los que a esos siguen.

GUSTAVO. *(Desde la platea donde se sentó durante la escena anterior.)* Me gustaría saber lo que realmente sucedió.

MANOLETE. Puede que lo sepas, puede que nunca lo sepas.

SOLDADO. ¿Volverá algún día?

Gustavo vuelve a subir al escenario.

GUSTAVO. Todo se sabe; tarde o temprano, todo se sabe.

Se hace un silencio largo. Los tres hombres están en el escenario. Se ven como empequeñecidos, distantes cada uno del otro, pero al mismo tiempo algo los une.

MANOLETE. No murieron en el accidente. Ella se los comió.

SOLDADO. Yo la he querido mucho.

GUSTAVO. Lo sabía.

MANOLETE. Lo presentía hacía mucho tiempo.

POLICÍA. Yo la amaba mucho, pero era imposible continuar con ella.

MANOLETE. Y ella tiene mucho dinero, después de que se los comió, se quedó con su fortuna.

POLICÍA. Ella heredó todo el dinero de la muerte.

GUSTAVO. Ella ha acabado con todo y con todos.

MANOLETE. Se ha burlado de nosotros.

SOLDADO. Así es como nos ha comido.

MANOLETE. No, yo iba en el carro, en la parte de atrás, era el otro y me salvé y vi cómo ella se comió a la otra. Y a él. Y el Policía la soltó.

GUSTAVO. Es un corrupto.

POLICÍA. Todos los que hemos soñado sin pensar en los demás cometemos errores abusivos; después nos tapamos la cara, nos da vergüenza.

GUSTAVO. Pero se nos olvida pronto y volvemos a abusar.

MANOLETE. ¿Ahora él la mata o ella lo mata?

SOLDADO. (*Loco.*) ¿Por qué no has regresado? ¿Cuándo vas a volver a mi lado, en el mar? Te espero, te quiero para siempre. Oye el mar. (*Otro tono.*) No fue su culpa, no fue su culpa, no fue su culpa...

GUSTAVO. ¿Quién dijo que ella fue la culpable?

MANOLETE. Se comió a la otra. Después inventó el cuento del accidente.

GUSTAVO. Pero no es lo mismo la teoría que la práctica.

Entra Mamapara.

MAMAPARA. (*A Manolete.*) ¿Ves? Tenía razón cuando dije que no podía confiar en ti.

MANOLETE. Yo..., yo..., yo...

MAMAPARA. ¿Y qué has logrado? ¿Sacaste algo positivo? ¿Solucionaste algo grande? ¿Te echaste algún dinero en el bolsillo? No, claro que no. Me los comí, ¡sí! ¿Y qué? (*Por el Soldado.*) Y me lo voy a comer a él, por sumiso, por vendepatria, por ignorante, por imbécil, por enamorado de un imposible; por mí haría cualquier cosa, pues él será el primero en pagar las consecuencias. El que se engaña es porque quiere. No me vengan con cuentos después, diciéndome que creyeron en un sueño, que pensaron que era bueno, porque todos lo sabían, pero como no era a ellos a los que me iba a comer en aquel momento, por lo menos eso pensaban, pero si hubieran caído en mi mesa... (*Otro tono. Recuerda.*) Mi madre fue la primera, después mi padre; me vi obligada a comérmelos. Ellos ya se habían comido a sus padres primero. Lo vi en el espejo de los mil colores, aquella mañana cuando me desperté. ¡Sí! Estuve tres años con diarreas y vómitos. Y trancada, sin poder ir al inodoro. Me daban unos retortijones de estómago que para qué les cuento.

GUSTAVO. No queremos oír eso.

MAMAPARA. Pero lo van a oír, tú andabas averiguando, tú querías saber, tú eres peor que yo. Me acusas, pero si tú tuvieras el poder fueras peor que yo. Llegué a donde estoy porque todos ustedes me apoyaron después que me comí a mis progenitores. Salió en la prensa y me aplaudieron

pensando que iban a sacar ventajas; ustedes fueron los que construyeron la pirámide redonda en mi honor y la pusieron en medio del Parque Central y me aplaudieron cuando llamé vacas tuertas a los del vecindario del norte y me aplaudieron cuando violé a las indias del sur; sí, no se hagan los buenos ahora.

MANOLETE. Yo, yo...

MAMAPARA. Tú lo viste todo y te callaste.

SOLDADO. Te quiero mucho.

MAMAPARA. Por eso te comeré, el primero. Vete, báñate y ponte limpio para que no me dé dolor de barriga.

El Policía sale como un soldadito de plomo, pero muy feliz.

MAMAPARA. Hay que ser idiota.

GUSTAVO. Un día la historia dirá lo cruel que has sido.

MAMAPARA. La historia me absolverá.

GUSTAVO. No, ese será tu peor castigo. Derrumbaremos todo lo que mal creaste. Algún día tumbarán a escupitajos la pirámide redonda y en su lugar se construirá el círculo piramidal. Tu foto será quemada y tus dientes serán vendidos al mejor postor para hacer abono para los vampiros. Probaremos que tus teorías medicinales eran falsas y que sin dinero no curabas a los leprosos; que nunca inventaste una medicina para los ciegos y que los cojos siguen sin poder jugar balompié. ¿Y sabes quiénes serán los más interesados en hacer todo eso? Los que tú enseñaste a pensar en el extravío; los que tú encerraste para que no pudieran beber el agua del pozo de la verdad y les diste un cuchillo para que se convirtieran en tus lobitos asesinos y les ordenaste que dividieran el mundo en dos partes. Ellos, tus zombis

que salieron por el mundo pensando que las cosas caen del cielo y que ellos se merecen el maná porque son tus lobitos. Ese ejército de mongólicos que arrastrarán tus huesos al ritmo del carnaval. Ellos son los que borrarán tu rostro en la luna del espejo de los colores.

MAMAPARA. Deja de decir sandeces.

GUSTAVO. Y ese día se sabrá que mataste a tu amante, que te comiste a tu hijo.

MAMAPARA. ¿Mi hijo? El Soldado nunca sabrá si fue hijo o hija. (*Otro tono.*) Me he burlado de los idiotas que me han aplaudido mientras los preparaba para después convertirlos en una cena succulenta. He hecho lo que tenía que hacer y por eso nunca me iré del todo. (*Sale.*)

GUSTAVO. Como siempre, huyes cuando no puedes defenderte.

MANOLETE. ¿Qué vamos a hacer?

GUSTAVO. Llegó la hora.

MANOLETE. Seamos puntuales. Es lo único que exijo.

GUSTAVO. ¿Y si es verdad que tiene mil años?

MANOLETE. ¿Tú crees que..., que...?

GUSTAVO. Se rumora que es la mismísima Cleopatra.

MANOLETE. No podemos echarnos para atrás ahora, cuando todo está planeado. Me voy a atrever y no lo podrás impedir.

GUSTAVO. ¿Atreverte tú? No me hagas reír.

MANOLETE. Ríete.

GUSTAVO. Para atreverse hay que tener convicciones.

MANOLETE. ¿Sabes lo que es una claraboya?

GUSTAVO. Creer en algo, en alguien.

MANOLETE. (*Ahora lo piensa. Duda.*) Quizás tengas razón.

¿Para qué? La política no me interesa. Soy un padre de familia, nadie se mete conmigo si yo no me meto con nadie. Sí, sí, tienes razón. Gracias.

Gustavo sale. Manolete se queda mirando, paralizado, hacia el lugar por donde salió Gustavo.

GUSTAVO. *(Regresa con un pastel en las manos.)* El pastel de rábanos, con mucha azúcar y vainilla.

MANOLETE. Como le gusta.

GUSTAVO. Su final.

MANOLETE. ¿Y después? Quizás sea peor después.

GUSTAVO. No, nada puede ser peor.

MANOLETE. Puede ser que te arrepientas de lo que va a pasar.

GUSTAVO. Hay que arriesgarse.

MANOLETE. Si lo hago, lo hago por mis hijos, por mis muertos, por los camellos y por la patria y por la lujuria y por la libertad de tener la libertad de ser libres. Pero no lo hago por ti. ¡Nunca!

GUSTAVO. Nadie te lo va a agradecer de todas formas. La gente olvidará que lo hiciste, pero antes te criticarán, escupirán sobre tu tumba, porque vas a morir, ¿lo sabías? Te harán una estatua en el parque circular pero nadie apreciará tu sacrificio.

MANOLETE. Lo hago por mis propias convicciones de que las cosas son como no deben ser. Por eso no me importa el desprecio humano.

GUSTAVO. ¿Tienes miedo?

MANOLETE. Mucho.

GUSTAVO. Yo también voy a morir.

MANOLETE. Quizás yo no muera.

GUSTAVO. Es el precio.

MANOLETE. Sobrevivirá uno solo.

GUSTAVO. El más fuerte, no, el más débil.

MANOLETE. Me acuerdo de la primera vez que te vi. La orquesta tocaba *Blue Moon*. Era la primera vez que iba a una fiesta.

Quise ir porque la música me ha gustado desde que tuve uso de razón, aunque la realidad es que tú sabes quién ha sido el gran amor de mi vida..., pero no tuve el valor necesario para confesarle mis sentimientos. ¡Y ya no está!

GUSTAVO. Yo también me acuerdo de cuando nos conocimos.

MANOLETE. No sabemos lo que la vida nos depara hasta el momento en que nos lo pone enfrente y ni así sabemos. Por el miedo de no atrevernos hemos perdido la felicidad. (*Otro tono.*) Sabes, cuando muera voy a protestar porque nadie nos consultó para hacernos la vida. No nos avisan y entonces no nos damos cuenta de que estamos perdiendo la oportunidad de la vida.

GUSTAVO. El mundo no es perfecto.

MANOLETE. ¿Qué habrá sido de aquella gente que compartió mi vida?

GUSTAVO. Tengo miedo.

MANOLETE. Yo tengo mucho miedo.

Mamapara entra.

MAMAPARA. No hay que tener miedo.

MANOLETE. (*Poco convincente.*) No hay que tener miedo.

GUSTAVO. Lo más importante para realizarse es perder el miedo.

MANOLETE. Sí.

GUSTAVO. Puedes hacer cualquier cosa si pierdes el miedo.

MANOLETE. Mamapara.

MAMAPARA. ¿Qué?

MANOLETE. He sido un hipócrita.

MAMAPARA. ¿Tú?

MANOLETE. Sí.

MAMAPARA. Fue por lo mucho que sufriste en el accidente.

GUSTAVO. El accidente no me importa.

MAMAPARA. ¿Por qué no te callas?

MANOLETE. He sido un hipócrita y un cobarde porque te tenía miedo.

GUSTAVO. Fingió.

MAMAPARA. (A Gustavo.) ¿Y tú?

GUSTAVO. ¡¿Yo?!

MANOLETE. Sí, tú.

GUSTAVO. Yo. (Cambia de conversación.) Se te va a enfriar el pastel.

MANOLETE. (A Gustavo.) Tienes miedo.

GUSTAVO. Estoy cagado del miedo.

Mamapara comienza a reírse. Sale.

MANOLETE. Hace rato que no me importa que me oiga. El destino es el destino. No se puede detener lo que va a suceder ni cuándo ni cómo vaya a pasar.

GUSTAVO. Fueron ellas, llegaron una a una; se quitaron la ropa y comenzaron a bailar, pero el baile no era un baile, era una danza macabra; sus bellos cuerpos se convirtieron en esqueletos y donde estaban aquellos senos duros, erectos, redondos había, ahora, unos huecos que no despertaban la morbosidad. Vamos, vamos que yo también me voy a atrever. Me hacía pasar por el más valiente, pero era el que más miedo tenía. Quería darte valor para poder agarrar valor y ahora te atreviste y yo me atrevo también. Vamos.

MANOLETE. No, yo voy solo.

GUSTAVO. Juntos tendremos más fuerza.

MANOLETE. Espérame. (Agarra el pastel y se dispone a salir.)
¿Qué hora será en Nueva York? (Sale.)

Gustavo comienza a caminar de un lado del escenario al otro. Lentamente primero y después más rápido hasta que es casi una carrera. Se oye un gran ruido y aparece Manolete. Gustavo se detiene pero no se atreve a acercársele. Lo mira fijamente. Silencio.

MANOLETE. Tengo una sed muy grande.

GUSTAVO. ¿No te bebiste su sangre?

Manolete no contesta.

GUSTAVO. ¿No te bebiste su sangre?

MANOLETE. Aquí hace frío.

GUSTAVO. ¿No le sacaste el corazón?

MANOLETE. ¿Qué hora es?

GUSTAVO. ¿Qué importa?

MANOLETE. Tengo que ser puntual. Es lo que aprendí desde niño.

GUSTAVO. ¿Sufrió?

MANOLETE. Falta menos de cinco minutos.

GUSTAVO. Ya fue su hora.

MANOLETE. La de ella, sí.

Primera versión del final

GUSTAVO. ¿Y si eso no resuelve?

MANOLETE. Ya es muy tarde para pensar así.

GUSTAVO. ¿Y si eso solo trae más sangre?

MANOLETE. Es como toda primera vez. Después queda un placer grande, único, dulce. (*Otro tono.*) Te hace distinto.

GUSTAVO. Mi sueño de toda la vida...

MANOLETE. Como el sueño de ser astronauta. Ya no me interesa ir a la luna, ni el recibimiento. (*Otro tono.*) ¿Por qué?

GUSTAVO. Ella lo decía, siempre lo estaba diciendo... El accidente..., el accidente había cambiado su vida, la de nosotros...

MANOLETE. Comienzas a divagar...

GUSTAVO. Ese sueño que todos tenemos.

MANOLETE. ¿La libertad?

Gustavo comienza a reírse nervioso.

MANOLETE. (*Espera a que Gustavo termine de reír.*) Bailamos toda la noche y ella se movía en mis brazos como si estuviera en el aire. Era feliz y siendo feliz me hacía feliz y fue la primera vez que conocí la felicidad y...

GUSTAVO. (*Con horror.*) ¡Oh, Dios mío!

MANOLETE. Se interpuso en que yo siguiera siendo feliz.

GUSTAVO. (*Muy preocupado.*) No, no, no puede..., si él era...

MANOLETE. ¿En qué piensas?

GUSTAVO. En el instante cuando te miraste en el espejo de los colores.

MANOLETE. ¿Confías en mí?

GUSTAVO. Ahora sí tengo miedo.

MANOLETE. ¿Tú crees que ella confió en mí?

GUSTAVO. ¿Qué va a pasar?

MANOLETE. Lo de siempre.

GUSTAVO. (*Suspira aliviado.*) Me encanta oírte decir eso.

MANOLETE. (*Mira el reloj de pulsera.*) La hora exacta. Las cosas suceden cuando suceden, ni antes ni después. No tiene lógica, pero es así. Nunca hubiese creído que todo esto iba con mi personalidad. El destino es puntualísimo.

Toda la escena siguiente está hilada con la canción La palabra fin, interpretada por Olga Guillot.⁷ Manolete saca un revólver y dispara. Gustavo cae muerto y en ese mismo momento —logrando un contraste— se oye la canción.

OLGA GUILLOT. “Y así llegamos al final de la película./ Es una pena que termine así./ Y sin embargo, amor,/ como en la vida real/ no siempre debe terminar igual”.

Oscuro.

Mientras el público sale, se escucha toda la canción.

OLGA GUILLOT. Y así llegamos al final de la película.

Es una pena que termine así.
Y sin embargo, amor,
como en la vida real
no siempre debe terminar igual.
Si al fin ha sido nada más que una película,
sin ese clásico final feliz.
Quién iba a imaginar que lo que aquí se vio
fue simplemente lo que nos pasó,
vinimos por venir,
sin calcular jamás que nos contaran una historia así.
A nuestro pobre amor para que acabe así
solo le falta la palabra fin.

Se repite.

⁷ *La palabra fin* de Mike Rivas y Chico Novarro. Arreglo de Raúl Parentella. Olga Guillot. *Cuenta conmigo. Para mi público*. Astral Records.

Segunda versión del final

GUSTAVO. ¿Y si eso no resuelve?

MANOLETE. Ya es muy tarde para pensar así.

GUSTAVO. ¿Y si eso solo trae más sangre?

MANOLETE. Es como toda primera vez. Después queda un placer grande, único, dulce. (*Otro tono.*) Te hace distinto.

GUSTAVO. Mi sueño de toda la vida.

MANOLETE. Como el sueño de ser astronauta. Ya no me interesa ir a la luna, ni el recibimiento. (*Otro tono.*) ¿Por qué?

GUSTAVO. Ella lo decía, siempre lo estaba diciendo. El accidente... el accidente había cambiado su vida, la de nosotros...

MANOLETE. ¡¿La mía?! ¡Nunca!

GUSTAVO. “La vida es sueño”.

MANOLETE. ¿La libertad?

Gustavo comienza a reírse nervioso. En el fondo, muy bajito, comienza a oírse una música de carnaval: una conga cubana o una samba brasileña.

MANOLETE. (*Espera a que Gustavo termine de reír.*) Vamos a bailar toda la noche, a beber, a fornicar, olvidándonos del mundo... Era feliz y siendo feliz me hacía feliz y fue la primera vez que conocí la felicidad y...

GUSTAVO. (*Con horror.*) ¡Oh, Dios mío!

MANOLETE. Nadie se interpondrá en que yo sea feliz.

GUSTAVO. No, no, no puede..., si él era... (*Muy preocupado.*)

MANOLETE. ¿En qué piensas?

GUSTAVO. En el instante cuando te miraste en el espejo de los colores.

MANOLETE. ¿Confías en mí?

GUSTAVO. Nunca he confiado en ti.

MANOLETE. ¿Tú crees que ella confió en mí?

GUSTAVO. ¿Qué va a ser de nosotros?

MANOLETE. Todo seguirá igual.

GUSTAVO. (*Suspira aliviado.*) Me encanta oírte decir eso.

MANOLETE. (*Mira el reloj de pulsera. Durante el siguiente diálogo la música de carnaval se oye lejana, pero va creciendo lentamente. Al final del diálogo llenará la sala.*) La hora exacta. Las cosas suceden cuando suceden, ni antes ni después. No tiene lógica, pero es así. Nunca hubiese creído que todo esto iba con mi personalidad. El destino es puntualísimo. “Voy buscando la razón/ de tanta falsedad,/ la mentira es obsesión/ y falsa la verdad./ ¿Qué ganará? ¿Qué perderá?/ Si todo esto pasará./ Es más fácil encontrar/ rosas en el mar./ Laralara larala,/ rosas en el mar./ Laralara larala,/ rosas en el mar”.⁸

El final está hilado con la música de carnaval. Manolete saca un revólver y dispara. Gustavo cae muerto y en ese mismo momento —logrando un contraste y confusión— el escenario y la platea se llenan de globos y todo se transforma en un final de fiesta. Todos los actores cantan y bailan.

Oscuro.

FIN DE LA OBRA

Cádiz, España, octubre de 1994
East Elmhurst, New York, 3 de febrero de 1995

⁸ *Rosas en el mar*, canción hippie interpretada por la española Massiel.